

# **REPÚBLICA**

**Salvador Felip Represa**

*“La demasiada libertad no termina  
sino en un exceso de esclavitud”*

Platón

Resplandecía.

Sereno, tranquilo, eterno. El mar se mostraba ante sus ojos brillante y majestuoso, ajeno al devenir del tiempo. Hasta donde alcanzaba su mirada no podía divisar otra cosa que no fuera la dulce calma de ese universo azul, iluminado desde el límpido cielo por el tibio sol de la mañana.

Avanzaba despacio, con la vista fija en el horizonte, recogiendo cada detalle de las pequeñas crestas de blanca espuma que las olas empujaban contra la costa. Se deslizaba junto al borde del acantilado, por encima de las rocas lamidas por el vaivén del agua. Ningún sonido alcanzaba sus oídos. Tan sólo el arrullo del mar se agitaba en su cabeza, acunándolo, inundando su mente de placidez.

El mundo entero parecía haberse desvanecido. Nada quedaba que no fuera aquella bellísima estampa y su movimiento junto a la costa.

Cuando abrió los ojos el irritante pitido del despertador resonaba con insistencia, repitiendo su odiosa llamada una y otra vez, hasta que, con la torpeza propia de su somnolencia, alargó la mano sobre la mesilla de noche, palpando el botón con el que poner fin a tan amarga tortura.

Aún permaneció un rato en la cama, tratando de retener la imagen, ya borrosa, de aquel sueño que se repetía con inusitada reiteración en las últimas semanas. Por un momento pensó que debería acudir a su psicólogo de cabecera para contárselo, pero desechó la idea con rapidez. Aquel joven imberbe no haría otra cosa que no fuera interrogarle acerca de su vida sexual y de la relación con sus padres durante la infancia.

Se incorporó en la cama con un quejido. Las luces automáticas se iluminaron poco a poco, aumentando suavemente la intensidad de su brillo. A pesar de ello, Andrés se vio obligado a cerrar los ojos, manteniéndose un instante sentado sobre el lecho. Su mente aún necesitaba unos segundos para acostumbrarse a la vigilia, para salir de la dulce comodidad del sueño, donde el cerebro no ha de comprender y analizar lo que le rodea sino, únicamente, dejarse llevar por su propio ritmo, dando rienda suelta a la imaginación. Con cada día, el despertar se demoraba unos segundos más, disfrutando de ese momento en el que uno aún no sabe si sueña, cuando no se es plenamente consciente de que se acerca otra monótona jornada, igual a la anterior, igual a la siguiente.

Se levantó torpemente arrancando con él las sábanas, que introdujo en el tubo de ropa sucia con descuido, al tiempo que pulsaba el botón que ocultaba la cama bajo el suelo, donde el sistema domótico se encargaría de ajustar una muda limpia al colchón.

- Buenos días Andrés. Espero que hayas descansado.

La seductora voz del ordenador central, que gobernaba las funciones estándar de la casa, resonó en el pasillo mientras se dirigía bostezando hacia el baño. A su paso las luces se encendían y la parte superior de las paredes se iluminaba con imágenes de verdes bosques, a modo de cambiantes ventanas virtuales, electrónicos sustitutos de las inaccesibles vistas con las que gozaban los más pudientes, alojados en los pisos exteriores.

Como cada mañana, al entrar en el baño un coro de luces y sonidos le dio la bienvenida. La tapa del inodoro se levantó automáticamente con un chirrido, música de ambiente se propagó a través de los altavoces situados en el techo, la pared sobre el lavabo se transformó en un brillante espejo y la caldera de la ducha se activó para alcanzar la temperatura óptima, demasiado caliente para el gusto de Andrés, aunque había desesperado de poder programar correctamente ese chisme.

- Procesando orina, espere por favor.

El zumbido de los análisis se elevaba por encima del hilo musical, aunque no lo suficiente para competir con el ronroneo de la caldera de agua caliente, que parecía advertir la presencia de una nueva víctima que escaldar.

Antes de que Andrés terminara de descargar su vejiga, la voz del ordenador crepitaba con los resultados de su análisis, casi idéntico al del día anterior.

- Nivel alto de glucosa, debe vigilar la ingestión de azúcar. Le recomiendo una dieta a base de verduras, fruta, pescado y pan integral. Si esto no fuera de su agrado, adquiriera una dosis de Glucosal en cualquier farmacia. El establecimiento más cercano a su domicilio se encuentra...

Desentendiéndose de la exasperante lista de farmacias brindada por la sumisa voz, Andrés se lavó las manos, observándose en el espejo con atención.

El cruel cristal mostraba de manera inmisericorde aquella tez pálida, la barba grisácea y las cada vez más acusadas arrugas que enmarcaban sus tristes ojos. Sí, era él. Ese viejo de cincuenta y nueve años, al que se le adivinaba la jubilación en la mirada, la triste pérdida de todo valor, de utilidad. Ya no recordaba la última vez que el espejo había devuelto un atisbo de esperanza, de felicidad. Cada mañana, lo único que veía en el reflejo de aquella pantalla era la imagen de la derrota, de una vida tirada por el inodoro mientras el analizador aullaba 'demasiados años, nivel alto de desesperación, vaya a la farmacia a por el elixir de la eterna juventud'.

Salpicó el espejo con agua, diluyendo momentáneamente aquel reflejo enemigo que le observaba desde dentro del electrónico cristal, luego se lavó la cara con agua fría, alejando los últimos retazos de sueño a la vez que aunaba fuerzas para su ducha diaria a treinta y muchos grados.

Ya en la cocina, la opción de desayuno completo volvía a encontrarse fuera de servicio, obligándole a repetir un frugal tazón de leche con cereales macrobióticos combinados con frutos secos. A pesar de las placenteras sonrisas que los modelos exhibían en los anuncios, su sabor era repugnante. A cada cucharada, Andrés se decía a sí mismo que no debía olvidarse de llamar a mantenimiento, para que repararan la cadena automática que recogía los productos de la red de distribución de alimentos.

Al menos el amargo trago agilizó su salida a la calle, donde el gélido ambiente le dio la bienvenida con su frío abrazo. Diciembre trajo consigo un viento helado y seco procedente del norte, que obligaba a los viandantes a rebuscar en el fondo de su armario para recuperar las prendas más gruesas.

Con un escalofrío, se apresuró hacia la entrada del metro, incorporándose a la riada humana que surgía de los portales de los edificios cercanos en dirección a las anchas rampas mecánicas que se adentraban bajo el asfalto. Andrés se integró en medio del tropel, avanzando como un autómatas. A su lado, un par de ejecutivos hablaban por sus teléfonos móviles a voz en grito, intentando hacerse escuchar en medio del barullo general. Justo en la entrada, su DCT, el dispositivo de comunicación total, comenzó a vibrar. Andrés extrajo la pequeña agenda electrónica y observó la pantalla, que emitía brillantes destellos de aviso, anunciando la disponibilidad de los diarios gratuitos, cargados automáticamente gracias a la red inalámbrica. Como un coordinado ballet, cientos de personas repitieron el mismo gesto, extrayendo sus terminales del bolsillo en respuesta a un enjambre de avisos sonoros, luminosos o vibratorios que reclamaban la atención de sus usuarios.

Los vagones del subterráneo abrieron sus puertas con un soplido, dando paso a un rápido intercambio de viajeros que apenas alteró el total de su pletórico contenido. Andrés se hacinó junto a los demás, tratando, como el resto de los que le rodeaban, de hacerse un hueco en el que poder mantener una cierta distancia con la pantalla de su terminal.

- ¡Oiga, no empuje! – gritó una voz junto a la puerta
- ¿Y qué se supone que debo hacer? ¿quedarme fuera? – replicó el acusado
- Espere al siguiente.

- Mire, que uno tiene que cumplir un horario, si quiere ir cómoda cómprese un coche.

El tren cerró las puertas con un pitido agudo e intermitente que ahogó la disputa, dando paso a una fuerte aceleración que provocó un desplazamiento de todos los viajeros y un coro de improperios sobre la calibración de los pilotos automáticos que controlaban los trenes.

En cada una de las estaciones la apertura de puertas marcaba el inicio del nuevo baile, del presuroso ir y venir de personas, rostros anónimos en pos de su vida diaria. El trayecto de Andrés a su trabajo era largo, hasta más allá del centro de negocios, donde se aglutinaban las más importantes oficinas de empresas multinacionales. Pasado el núcleo urbano, el vagón se fue vaciando de ejecutivos y oficinistas para que su puesto fuera ocupado por una concurrencia más variada.

- ¡Sitio libre!

Un grupo de jóvenes entró abriéndose paso a empujones. A la vista de un asiento vacío se lanzaron como una jauría, riéndose desafortadamente.

El hombre que se encontraba a un lado del hueco alzó la vista de su terminal electrónico, desencajando su rostro en una mueca de pánico. Se levantó con rapidez, aunque no lo suficiente para evitar un brutal empujón que a punto estuvo de arrojarlo al suelo.

- ¡Aparta, pringao! – gritó uno de los chavales, un chico delgado de apenas catorce o quince años, que se arrellanó en el asiento con una sonrisa de triunfo, haciendo gestos a sus compañeros.

Otros dos se abalanzaron sobre el sitio sobrante, peleándose ruidosamente por el estrecho hueco. Al otro lado, una mujer embarazada se asía con fuerza a la barra de sujeción, atónita ante lo que se le venía encima.

- ¡Qué pasa gorda! ¿por qué no te largas?

La mujer se levantó torpemente, tratando de proteger su prominente embarazo con las manos, mientras uno de los muchachos plantaba una bota llena de barro sobre su reciente ganancia a modo de toma de posesión.

- ¡Sois unos capullos! – rezongaron los pocos jóvenes del grupo que se quedaron de pie – siempre os sentáis vosotros.

- Pues mueve el culo – replicó el que entró el primero – que sois más lentos que un puto cojo.

La mayoría se rieron estruendosamente del exabrupto, añadiendo algunas frases malsonantes que acrecentaron el juvenil jolgorio.

En el vagón, todos los presentes permanecieron con los ojos clavados en sus terminales, concentrando su vista en las iluminadas pantallas, como si se tratara de un muro de protección que les aislara del mundo. Nadie osó dirigir un simple vistazo a la mujer embarazada. Cualquier comprensión quedaba ahogada en la ignorancia, temerosa de mostrarse ante el terrible grupo, no fuera que, por diferenciarse del resto, alguno de ellos se convirtiera en el blanco de las iras juveniles.

El espacio ganado a costa del miedo ajeno pareció satisfacer a los recién llegados, que se limitaron a increparse unos a otros, repartiendo collejas y capones sobre el que parecía más joven, el cual aguantaba el chaparrón de golpes con forzada sonrisa.

Como el resto, Andrés mantuvo su mirada fija en las noticias que se descolgaban por la pantalla de su terminal, esperando con impaciencia que el tren llegara a su parada para bajarse con rapidez, dejando atrás el coro de insultos que llenaba el vagón.

Mientras caminaba por los despejados pasillos, los altavoces anunciaban los últimos subsidios y disposiciones otorgados por el gobierno actual. Las elecciones estaban a la vuelta de la esquina y, por tanto, era la única época en la que los miembros del ejecutivo parecían trabajar, intentando asegurarse sus poltronas otros cuatro años.

El continuado descenso de la temperatura marcaba la cercanía de la salida del subterráneo. Ya en la cinta transportadora que conducía a la calle Andrés abrochó concienzudamente los botones de su abrigo. El trayecto era corto, pero el persistente viento dejaba notar su presencia, acosando a los pocos que abandonaban el tibio refugio de los túneles. A medida que ascendía la rampa, un inmenso frontón triangular comenzó a llenar el horizonte. Una figura femenina descansaba sobre el vértice de la techumbre a dos aguas, vigilando desde su privilegiada posición la plaza en la que se enmarcaba el gigantesco edificio. Ocho inacabables columnas dóricas sostenían la fachada, delimitando con su precisa acanaladura el camino que debían seguir las miradas hasta posarse en el arquitrabe y el friso, donde triglifos y metopas se alternaban en perfecto orden. Llenando la blanca vacuidad del frontón, grandes letras doradas dibujaban una máxima que ya nadie leía, *'los pueblos que olvidan su historia, están condenados a repetirla'*.

La inmensa mole de mármol del Museo de Historia Antigua destacaba sobre las construcciones que la rodeaban. No sólo su clásico aspecto hería la modernidad de los bloques de acero y cristal que conformaban los lados de la gran plaza. Su descomunal tamaño y rotunda solidez convertían en irrisoria la esbelta altura de los rascacielos más cercanos. Como una robusta tortuga rodeada de espigas, amenazando con derribarlas al menor movimiento de su hercúleo cuerpo; el orgullo de la solidez ante la frágil estructura de sus más cercanos competidores.

El edificio central, de planta cruciforme, contenía en sus nueve plantas las colecciones principales. A su espalda, un amplio patio, oculto tras una gruesa muralla almenada, contenía otros edificios auxiliares así como vehículos, maquetas y toda suerte de objetos, cuyo tamaño incapacitaba su inclusión en los ingentes almacenes interiores. Con más de seiscientos años de vida, el conjunto era el recuerdo de una época anterior, discordante con la omnipresente modernidad que fagocitaba el entorno.

Andrés observaba la figura de Clío, diminuta en comparación con el vasto edificio que la estatua presidía desde su pétreo aposento. Tras casi treinta años como coordinador técnico del museo se había convertido en una imagen familiar y, sin embargo, no podía dejar de admirar la ligereza de aquella túnica de mármol que parecía flamear al viento, envolviendo las suaves formas de la musa en un remolino de blanca tela. Su mano izquierda sostenía delicadamente un libro dorado, digno sustituto del rollo de pergamino que portaba la figura en las representaciones clásicas. El museo parecía encontrarse bajo su protección, como si su sola presencia bastara para garantizar la continuidad del saber que se encerraba en aquellos muros.

Andrés ascendió las empinadas escaleras que conducían a la entrada principal, donde las abiertas puertas de bronce apenas dejaban adivinar las maravillas que se ocultaban tras el amplio dintel. Los goznes que sostenían sus hojas mostraban una ancha línea de verde herrumbre, producto de su estática posición. El bronceo cierre no había sido utilizado desde hacía decenios. La clausura nocturna del museo se realizaba con una espesa lámina de acero que se deslizaba desde el techo.

La entrada comenzaba con un amplio corredor, que se extendía hasta el cercano punto de intersección entre las naves perpendiculares que formaban la cruz del edificio. El vestíbulo daba acceso a un par de estancias laterales donde los visitantes podían dejar sus pertenencias. El resto del espacio se reservaba a grandes paneles electrónicos de información, en los que consultar, en cualquiera de las innumerables lenguas oficiales, la distribución de las distintas colecciones expuestas.

Atravesando el pasillo, Andrés alcanzó la primera de las salas del museo, un espacio cuadrado, abierto hasta el techo, rematado en una descomunal bóveda de crucería, formada por la intersección de las naves longitudinales. En el centro, una colosal estatua de Atenea Partenos, réplica de la construida por Fidias para el Partenón, daba la bienvenida a los visitantes. Balaustradas de mármol a distintas alturas permitían circular por cada planta en torno a la figura, al tiempo que efectuaban la necesaria interconexión entre las múltiples estancias donde se exhibían las piezas.

Ya nadie recordaba quien decidió que la entrada permaneciera ocupada por la colección de Grecia clásica. Sin embargo, Andrés, como todos sus predecesores, consideraba lógico que la cuna de la civilización occidental presidiera el interior de ese edificio, tan íntimamente ligado a los estándares arquitectónicos grecorromanos.

Dos robots de limpieza se movían por la sala, puliendo con infatigable insistencia las baldosas de granito rojo que formaban el piso. Andrés esquivó sus cuerpos rechonchos para adentrarse en el interior de la estructura, en dirección a las oficinas de personal, situadas en el centro del edificio.

A su paso, sus ojos se deslizaban por el interior de las límpidas vitrinas, donde se sucedía la cerámica ática de figuras rojas, los cascos corintios y vivos ejemplos de orfebrería o numismática.

- Buenos días.

La voz resonó con un extraño eco, sacando a Andrés de su ensimismamiento. Cuando giró la cabeza hacia la dirección de donde provenía el saludo, reparó de inmediato en una armadura de caballero medieval, fuera de lugar en aquel ambiente clasicista.

La visera del casco se alzó, dejando ver el enjuto rostro de Javier Díaz, uno de los profesores asistentes del museo, especializado en la edad media.

- Hoy me toca la visita de un colegio – comentó el funcionario ante la mirada interrogativa de Andrés – y creo que este es el mejor atuendo para la ocasión.

- ¿De qué edad son?

- Trece o catorce – respondió Javier con resignación.

Andrés asintió. Los niños pequeños eran manejables. Normalmente pegaban la cara al cristal de las vitrinas, asombrados ante aquellos objetos que jamás habían visto. En el peor de los casos se dedicaban a correr detrás de los robots de limpieza, utilizándolos a modo de cabalgaduras ante la desesperación de sus logopedas, psicólogos y educadores. Sin embargo, los adolescentes componían un grupo extremadamente peligroso.

Desde la ley de protección absoluta del menor, cualquier acto cometido por un muchacho de menos de dieciocho años carecía de consecuencias. La ley establecía que los menores no eran responsables de sus actos, por lo que no podían ser castigados en modo alguno por ellos, únicamente reconvenidos. La culpa de las malas acciones en que pudieran incurrir recaía en sus padres, en los educadores y en toda la sociedad, por no poner a su disposición los medios adecuados para su correcta formación como ciudadanos. En el caso de los jóvenes, la impunidad era un cheque en blanco al que pocos podían resistirse.

- ¿Quieres que luego me pase por aquí? – ofreció Andrés.

- Como prefieras – respondió Javier, encogiéndose de hombros con un tintineo de su armadura.

En realidad no había nada que Andrés pudiera hacer, pero sabía por experiencia que el simple apoyo de un compañero ayudaba a superar el mal trago.

Se despidió con un ligero movimiento de cabeza y continuó hasta la zona de oficinas. Antes incluso de abrir la puerta pudo escuchar la estridente voz del delegado del ministerio de ocio, educación y cultura, gritando como un poseso, tal y como era habitual en él.

- ... y comienzo a estar harto de tener que repetirlo todo seis veces. Antes de cambiar uno de los paneles de información hay que asegurarse de que el texto sea traducido a todas las lenguas oficiales.

- ¿Qué es lo que ocurre? – preguntó Andrés en cuanto entró en la oficina.

Luis Álvarez se giró hacia la puerta al oírle, atravesando al recién llegado con su despectiva mirada. El furibundo ataque de ira con el que fustigaba a los empleados del museo cada mañana convertía su redondo rostro en una enrojecida mueca.

- ¿Que qué ocurre? – repitió con tono sarcástico – Que la inútil de tu ayudante activó ayer un tablón de anuncios en los baños de la quinta planta al que le faltaba uno de los idiomas oficiales. ¡Un desastre!

- Es probable que ayer apenas hubiera gente – replicó Andrés con tranquilidad  
– No creo que nadie se diera cuenta.

- ¡Lo que pasa es que no os importa una mierda! – gritó Luis – Ninguno de vosotros tiene que dar cuentas después al ministerio de interconexión territorial cuando alguno de los visitantes se queja. No me extrañaría que lo hicierais a posta para hacerme quedar mal.

- Nadie trata de hacerte quedar mal, un error lo tiene cualquiera y, que yo sepa, el ministerio nunca se ha quejado formalmente.

Luis respondió con un bufido, dando por cerrada la conversación. Giró su rechoncho cuerpo y se encerró en su despacho, dando un portazo que hizo temblar toda la sala. Llevaba en el museo desde que su partido ganó las elecciones y le asignaron el puesto político que ahora ocupaba. Su cometido teórico consistía en comprobar la estricta observación de las normas democráticas. Sin embargo, desde el primer día, había querido dejar bien claro que era dueño y señor de aquel edificio y todo cuanto contenía.

Andrés no era psicólogo. Sólo podía especular sobre las causas de aquel ciego furor, de ese inacabable odio que Luis vertía de su boca. Tal vez fuera una angustiada sed de poder, o tal vez se sintiera acomplejado ante la extensa cultura de aquellos a quienes veía como empleados, y tuviera que tapar su propia ignorancia con un trato brutal que le mantuviera en una eterna ficción de superioridad.

Por encima de todo, la fijación que mostraba con Ana Serna, la única mujer del grupo, resultaba reveladora. Cualquier mínima insinuación a una empleada suponía el despido inmediato y, a pesar de sus carencias, Luis era consciente de ello, por lo que transformaba su inalcanzado deseo en una posesión moral.

- ¿Estás bien?

- Sí – respondió Ana mientras esbozaba una débil sonrisa – no te preocupes.

- ¿Por qué no le denuncias?

- Estoy bien – confirmó ella – De verdad, gracias.

Andrés asintió, sin querer insistir. Se daba cuenta que, a pesar de los seis años que llevaban trabajando juntos, Ana era casi una desconocida. Su timidez se reflejaba en un cerrado ensimismamiento. Apenas hablaba con sus compañeros y, cuando lo hacía, su conversación versaba únicamente sobre el trabajo. Era capaz de disertar durante horas sobre el camino recorrido por Alejandro Magno en su conquista de la Sogdiana, pero nadie en el museo sabía siquiera dónde vivía.

Su propio aspecto revelaba mucho sobre su persona. De vestir siempre pulcro y correcto, su ropa parecía especialmente escogida para ocultar cualquier atisbo de atributo femenino. Blusas anchas, pantalones largos y cerradas chaquetas, preferentemente de color negro. Jamás usaba maquillaje, ni recordaba haberla visto con adorno alguno, tan solo unos diminutos pendientes de plata. El pelo, recogido en una única trenza, se apartaba de su pálido rostro, oculto tras unas enormes gafas de pasta.

Sin embargo, para Andrés, los improbables esfuerzos de Ana resultaban vanos. Había algo especial en ella, en su forma de andar, en su exigua sonrisa, en su misterioso silencio. No sabría decir que luz brillaba en esos melancólicos ojos, casi magnéticos. Le hubiera gustado que su relación fuera más fluida, poder hablar con ella sin sentir que, con su sola presencia, invadía su intimidad. Aunque tampoco importaba, casi la doblaba en edad. Era un viejo admirando el fruto prohibido, sin saber discernir si ansiaba una compañera o una hija a la que proteger.

Andrés entró en su despacho y se dejó caer en el sillón, con la vista fija en la pantalla del ordenador, que se encendía mostrando la misma frase de todos los días, 'no hay mensajes nuevos'.

Arrancar con la rutina diaria costaba un poco más cada mañana. A veces se sorprendía a sí mismo contemplando como el cursor del ratón parpadeaba, emitiendo rojizos destellos para llamar su atención. Le envolvía una poderosa dejadez, una penetrante impresión de que su trabajo no era sino una pérdida de tiempo. Finalmente,



forzando su voluntad con un suspiro, dirigió el puntero del ratón a la base de datos de visitas, para comprobar el número de entradas del día anterior.

Cero.

Ese pequeño círculo vacío comenzaba a repetirse con asiduidad. Andrés no dudaba que aquella insidiosa cifra era la principal responsable de su apatía pues, ¿qué sentido tenía trabajar en un museo que nadie visitaba?

Casi cincuenta años antes, al otro lado de la ciudad se inauguró el modernísimo Museo de Historia. En realidad, se circunscribía al tiempo transcurrido desde la instauración de la Nueva Democracia, pero algún político decidió que aquella era la única historia que se debería contar, la única con la que aleccionar a los ciudadanos. Sus inmensas estancias se llenaban a diario por una multitud, ansiosa por escuchar una y otra vez la historia de cómo se inició la sociedad actual, la sociedad democrática y progresista, la sociedad perfecta.

Cualquier historia anterior simplemente desapareció, no servía para nada. Se la consideraba un triste recuerdo de una época en la que aún existían las guerras, en la que la violencia lo llenaba todo. Nada mejor que relegarla al olvido. Si no fuera por la ineficaz maquinaria burocrática del estado y por las interminables discusiones parlamentarias sobre el tema, Andrés no dudaba que colegios y subvenciones tampoco acudirían con cuenta gotas a su museo y, en poco tiempo, la propia institución desaparecería.

Desde el otro lado de la pared le llegaron las sonoras voces de Luis, enganchado por teléfono con alguna nueva víctima de su mal genio. Eso le recordó su promesa a Javier, el caballero andante que se encontraría lidiando con un nutrido grupo de jóvenes.

Se levantó con pereza de su sillón, encaminándose hacia la entrada del museo, de donde surgían numerosas voces, delatando la llegada de los esperados visitantes. En medio de tres docenas de chavales, la figura acorazada de Javier alzaba la voz intentando hacerse oír entre el barullo reinante.

- Este museo se compone de varias colecciones, comenzando por esta en la que nos encontramos, Grecia clásica, que...

- ¿Y por qué te has vestido de mamarracho? – preguntó uno de los jóvenes ante la risa de sus compañeros.

- Lo que llevo es una armadura completa, propia de los caballeros templarios del siglo XII. Forma parte de la colección medieval que se encuentra en la tercera planta y que luego podemos visitar. Pero primero, tras de mí se encuentra la estatua de Atenea Partenos, diosa griega que simbolizaba...

- ¡Vaya coñazo! – espetó otro de los chavales.

- ¡Esto mola! – chilló uno de los más cercanos a Javier, cuando golpeó su armadura con un llavero, arrancando un fuerte sonido metálico.

Al instante, cada mano esgrimió un llavero. La coraza se convirtió en improvisado instrumento musical, cuando un escandaloso coro de golpes se abalanzó sobre el guía.

- ¡Señores estudiantes! – gritó uno de los seis profesores que acompañaban a los niños – Este comportamiento podría considerarse violento.

- ¡Tú cállate imbécil! – replicó uno de los agresores, arremetiendo con más ímpetu contra la armadura.

En medio de risas, golpes y empujones, Javier perdió el equilibrio, cayendo al suelo con estrépito, acosado aún por los puntapiés que le propinaban los jóvenes más cercanos.

- ¡El capullo no se puede ni levantar!

La información fue saludada por un coro de vítores, colofón al multitudinario acoso al que el guía había sido sometido. Sin embargo, una vez que el caballero desapareció de la vista, el interés que despertaba su presencia se esfumó, dando paso a una rápida dispersión de los muchachos, que corrían de un lado a otro perseguidos por sus profesores.

Andrés aprovechó el momento para acercarse hasta su caído compañero, observando sus inútiles esfuerzos ante el opresor peso de su disfraz.

- ¿Estás bien?

- Sí – respondió Javier elevando la celada – aunque un poco más y me dejan sordo. No sabes como resuenan los golpes aquí dentro. Por lo demás, siempre me siento más seguro cubierto de acero.

- Parece que tenías razón al vestirte de... mamarracho.

- Creo que la próxima vez, en lugar de hablar de los templarios traeré unas pelotas y haré juegos malabares. Ayúdame a levantarme.

Tras dos intentos fallidos, al tercero Javier pudo recuperar el equilibrio, incorporándose trabajosamente.

- Esos no creo que necesiten guía – afirmó Andrés con una sonrisa – vete a cambiar. Yo me quedaré por aquí por si acaso.

- ¿Seguro?

- Sí. No te preocupes, yo no resueno, no tengo gracia.

Javier sonrió, encaminándose torpemente hacia la oficina, eludiendo cruzarse con los desperdigados muchachos.

La entrada se había vaciado, aunque los gritos de los ruidosos visitantes aún resonaban en los altos techos de las estancias.

- Nunca pensaste despertar tanta indiferencia – dijo Andrés, mirando la colosal Atenea, que permanecía con la vista fija en el infinito, ajena a ese tiempo en el que ya nadie la recordaba.

Palmeó la base de la estatua, recorriendo con los dedos las figuras en relieve que decoraban el friso que sostenía la figura. Era una réplica perfecta, realizada a comienzos del siglo XXI con los mismos métodos y materiales que utilizó Fidias para esculpir el original. En aquellos años, justo antes del nacimiento de la nueva democracia, la cultura aún era un valor que se enseñaba en los colegios, el mundo se enorgullecía de su pasado, tratando de entenderlo, de comprender cómo se encadenaban los hechos que hacían evolucionar la civilización. Sin embargo, esos años fueron también los del comienzo del cambio, los que alumbraron las nuevas ideas, el nacimiento de la misma sociedad que ahora renegaba de su propia historia.

- ¡Te vamos a partir la cara, gordo!

Unos chavales pasaron corriendo a su lado, en persecución de un obeso muchacho que sudaba por mantener la ventaja sobre sus perseguidores. Tras ellos, uno de los profesores masculaba solicitar la baja por depresión, mientras intentaba alcanzar a sus alumnos.

Andrés se dirigió a uno de los lados, a la sala de Esparta, la única cercana de la que no surgían gritos o insultos. Se adentró entre las vitrinas, alejándose de la algarabía reinante. Si antes echaba de menos la gente y las visitas, ahora no pensaba en otra cosa que en un rincón tranquilo.

- ¿Quién es?

La pregunta le cogió desprevenido. Perdido en el silencio de la estancia Andrés no había reparado en él. Era alto y delgado y, a diferencia de sus compañeros, contemplaba tranquilamente una de las vitrinas. Ahora le miraba directamente, con los ojos brillando de curiosidad.

Andrés se acercó despacio, con cautela, hasta atisbar la pieza que generaba la pregunta. Una pequeña estatua marmórea de apenas cincuenta centímetros de alto, de un hoplita griego.

- Es Leónidas, un rey espartano.

El joven volvió la vista a la figura, recorriendo su contorno con la mirada. El griego vestía la tradicional coraza, con grebas y casco corintio. Portaba escudo y lanza, que elevaba en actitud combativa. Su poderosa musculatura se encontraba bellamente detallada, en tensión, como corresponde a una de las imágenes heroicas del clasicismo, cuando los valores de la antigüedad se recuperaron como contrapunto al oscurantismo medieval. El rostro de Leónidas reflejaba seguridad, confianza,

resolución. La cabeza baja, el cuerpo echado hacia delante, la mirada firme. Aquella figura expresaba la decisión de combatir, de vencer, de superar al contrario. Muchas veces Andrés había pasado por delante y, sin embargo, nunca hasta ahora se había detenido a contemplarla.

- ¿Espartano? – preguntó el joven arrugando la frente.

- Esparta era una antigua ciudad griega. Situada en el Peloponeso.

El muchacho le miró parpadeando con rapidez, dando a entender que su respuesta no había sido de gran ayuda.

- Ven aquí.

Andrés llevó al joven a uno de los cercanos terminales de información donde, con mano experta, recuperó un mapa de Europa, donde se destacaba Grecia y, mediante un centelleo, el lugar en el que se ubicaba la antigua Esparta.

- ¿Ves? – comentó señalando la posición en la pantalla – este punto de aquí es donde se encontraba Esparta, hace unos tres mil años.

Los ojos del jovencito se abrieron de par en par, contemplando el colorido mapa con atención, como si fuera la primera vez que veía algo semejante.

- ¿Y eso es Grecia? – preguntó señalando las cercanías de la ciudad marcada.

- Pues... claro – respondió Andrés confuso, mientras trazaba con el dedo el contorno de la antigua civilización – en esta zona se agrupaban las ciudades griegas, aunque algunas se levantaban al otro lado del mar Egeo.

El chaval asintió, recorriendo con la mirada todas las zonas por las que pasaba el índice de Andrés.

- ¿No os enseñan geografía en el colegio? – preguntó extrañado.

- Sí, la de nuestra región autónoma independiente y federal. Pero Grecia no entra.

- ¿Y no os explican nada más?

- No, el profesor dice que si queremos, podemos mirar cualquier otra cosa en internet. Mi abuelo me contó que antes se estudiaba algo de Europa, pero que todos pasaban porque era muy complicado y por eso lo quitaron.

Andrés se rascó la cabeza extrañado. Ahora recordaba que él, como hijo de uno de los empleados del museo, había acudido a la escuela que se integraba en el propio edificio, justo antes de que fuera disuelta por una de las comisiones ministeriales debido a su inaceptable elitismo. Allí, los empleados derramaban su cascada de erudición en los oídos de sus afortunados hijos, sin que estos siquiera sospecharan el privilegio del que gozaban. Andrés había visto pasar su infancia entre faraones egipcios, emperadores romanos y héroes griegos. Con sus amigos había sido Héctor, Aquiles, Aníbal, Carlomagno o Napoleón. Las extensas salas de cerámica sumeria se transformaban en pequeños hipódromos donde los años volaban en imaginarias cuadrigas y competiciones olímpicas. Por primera vez, se daba cuenta de su total ignorancia sobre el sistema educativo oficial, al que se adscribían obligatoriamente todos los jóvenes.

- Los reyes eran tiranos fascistas que había antes de que se inventara la democracia ¿no?

- Sí... digo no – respondió Andrés, cada vez más confuso – ¿dónde has oído eso?

- En clase – adujo el muchacho, encogiéndose de hombros – los profesores dicen que antes todos eran esclavos y se les reprimía violentamente para que hicieran lo que quería el rey, que se pasaba el día comiendo y bebiendo en palacio y tirándose tías.

- ¡Menuda tontería! – espetó Andrés con cierta indignación – ¿y eso te lo ha dicho un profesor? ¿Qué clase era? Seguro que no era en la de historia.

- No me acuerdo, creo que era en la clase de educación para la ciudadanía, o en la de formación democrática. En historia seguro que no, porque no voy.

- ¿No vas a clase de historia? ¿Por qué? Te van a suspender.

- ¿Suspender? – replicó el joven con extrañeza – ¿qué es eso?

Andrés arrugó la frente, sin comprender la pregunta.

- ¿Te refieres a aplazar el éxito? – indagó el muchacho.

Asintiendo con la cabeza, Andrés recordó que uno de los muchos congresos anuales de psicología había concluido que, para mejorar la autoestima de los estudiantes, se debía eliminar el negativo término ‘suspender’ para sustituirlo por el mucho más progresista ‘aplazar el éxito’.

- Me da igual – añadió el joven – voy a pasar de curso de todos modos.

- No se trata sólo de pasar de curso, hay que aprender.

- ¿Por qué?

Andrés abrió la boca intentando decir algo, buscando las palabras que respondieran a esa sencilla pregunta. Sin embargo, su mente se quedó en blanco. Tenía claro los beneficios que la cultura y la educación le suponían a él pero, ¿cómo explicarlo a un chaval de catorce o quince años? Aquellos ojos inquisidores le miraban fijamente, esperando una respuesta a la gran pregunta que muchos se han hecho a lo largo de su vida.

- Pues... – balbuceó Andrés – en realidad no es tan complicado. Supongo que habrás jugado alguna vez a un juego de ordenador.

- Claro

- Imagínate que te dan un juego nuevo y no te dan las instrucciones.

- ¿De los que se bajan de internet sin pagar?

- Sí, de esos. Cuando empiezas a jugar no sabes qué hacer, cómo ir pasando las fases del juego, a veces te quedas atascado, ¿no? Y entonces ¿qué haces?

- Pregunto a un amigo del colegio – respondió el joven con rapidez – Se llama Kike y se pasa el día pegado a la pantalla. Le puedes dar una toba en la oreja mientras juega que ni se entera.

- Eso significa que tu amigo sabe de ese juego porque ya ha jugado con él, tiene experiencia y tú te aprovechas de ella para mejorar en el juego.

El muchacho asintió con la cabeza, arrugando la frente, como si se esforzara en comprender esa última pieza del puzzle que componía el argumento.

- Con la historia pasa lo mismo. Es la experiencia de muchos que han vivido antes que nosotros, se han enfrentado a los mismos problemas y, gracias a la historia, sabemos cómo los resolvieron y si tuvieron éxito o fracasaron. Aprendiendo recogemos la experiencia de todas esas vidas, podemos copiar sus buenos comportamientos y evitar sus fracasos cuando nos toque enfrentarnos al futuro. Imagina que la vida es un gran juego y los libros de historia son un montón de amigos que te dan pistas sobre las instrucciones. Por eso hay que aprender.

- ¿Leónidas jugaba al ordenador? – preguntó el joven tras un momento de reflexión.

- No – negó Andrés con una sonrisa – en aquella época no había ordenadores, ni siquiera tenían electricidad. Me temo que no me he explicado con demasiada claridad.

- No, si era coña, lo he entendido – replicó el chaval con orgullo – así visto no está mal. Pero es que la clase de historia del colegio es un coñazo, no hay quien se la trague. Se pasan la media hora hablando del Iniciador de la democracia. Que si vivió aquí, que si fue allá, que si dictó no sé qué ley, que si fue un incomprendido en su tiempo...

- La historia es mucho más – adujo Andrés con insistencia – de hecho, eso es lo menos interesante de todo lo que ha acontecido en el pasado. La historia es la mejor aventura, hay amor, traición, intriga, deseo, espionaje; en el pasado puedes encontrar prácticamente de todo.

- ¿Y aquí enseñáis eso?

- Este es un museo, podrás encontrar casi cualquier cosa que busques.

El joven ladeo la cabeza, elevando los ojos en actitud pensativa, meditando detenidamente lo que acababa de escuchar. En ese momento, a Andrés le asaltó la idea de haber visto a ese muchacho en algún lado, una palpable familiaridad asociaba

esa imagen con alguna vista con anterioridad. Se fijó en su enmarañado pelo castaño, largo y ondulado alrededor de su cabeza, en los ojos claros, limpios, inocentes y, al mismo tiempo, llenos de fuerza. Rebuscó en su mente intentando averiguar a qué se debía esa sensación, pero no consiguió encontrar nada.

- Si vuelvo otro día – dijo finalmente señalando la pequeña estatua – ¿me enseñarías cosas de él?

- Por supuesto.

El joven sonrió, con un último vistazo a la bella figura, acercando su rostro al cristal hasta el punto de que su aliento formara una ligera marca de vaho. Después se alejó parsimoniosamente hacia la salida.

- ¿Cómo te llamas? – preguntó Andrés.

- Alejandro

En ese instante lo comprendió. Ese joven era la viva imagen del busto de Alejandro Magno que se exhibía en ese mismo museo.

Andrés le siguió con la vista hasta que traspasó el umbral de la sala, mezclándose con el resto de sus compañeros, agrupados con ímprobo esfuerzo por los agotados profesores en un último intento para organizar a sus alumnos y poder sacarlos de allí con rapidez.

Aquel muchacho le había sorprendido. Por primera vez desde no sabía cuanto tiempo, sentía que aquel inmenso conjunto de antiguos recuerdos encerrados en cristal podría servir para algo.